

JOSE MARIA BENJUMEA (*)

por FRANCISCO MORALES PADRON

No tengo noción exacta de cuando comenzó mi conocimiento y trato de José María Benjumea. Creo que esto ocurrió en los días en que Florentino Pérez-Embid era Director General de Bellas Artes. El vínculo se estrechó a raíz de crearse FOCUS, fundación en la cual él y yo seríamos designados Consejeros (1982). A partir de entonces quedó fijado como un ritual las visitas a su oficina de la calle Almirantazgo, y a su casa. Por allí desfilaban un sinnúmero de gente, y yo le comentaba jocosamente que su despacho era el gran confesionario de Sevilla.

Los años que José María Benjumea me llevaba a mí no constituyeron obstáculo para un fácil entendimiento, obra de su espíritu joven, siempre lleno de proyectos, impropio de un hombre de su edad. Era José María Benjumea uno de esos sevillanos atípicos, a encajar dentro de los finos y fríos, que no vibraba barrocamemente ante las manifestaciones folklóricas y religiosas que han hecho famosa, entre otras razones, a la ciudad. José María Benjumea respondía, reaccionaba, más como sevillano, ante esas otras razones: el patrimonio artístico de la ciudad, por ejemplo. Entonces era apasionado. La Catedral tuvo la suerte de que él, domiciliado frente por frente ante el templo metropolitano, pusiera todas sus atenciones en tal extraordinario edificio y en su contenido. Fruto de tal amor fueron la fundación de la Asociación «Amigos de la Catedral», la creación de un taller de restauraciones por el que pasaron múltiples obras, y la edición del magno libro «La catedral de Sevilla». Con habilidad, tesón y acierto, supo movilizar a amigos, artistas y canónigos para la recuperación de pre-

(*) Discurso leído en la Sesión Necrológica de D. José M^a Benjumea, el 22 de Noviembre de 1991.

ciadas piezas. Mas las monjas de clausura, algunas de las cuales lo tenían como valedor o representante en este mundo. Las de Santa Clara, sobre todo, recurrían de continuo a él, así como las Teresas del Barrio de Santa Cruz, cuya Asociación de Vecinos lo distinguió un día en un acto al cual se unieron las religiosas desde detrás de la reja, y autoras ellas de un ingenuo pergamino, que allí le fue entregado. Más de una lanza rompería en pro de la Casa-Museo de Murillo, como las había roto por San Telmo, por el legado de doña Isabel Diez Velázquez y su hermana al Museo de Arte y Costumbres Populares, o por el lienzo de Velázquez cedido por el cardenal Bueno Monreal al pueblo de Sevilla (cosa que él recalca) y no al Ayuntamiento.

Esta permanente inquietud por la arquitectura, imaginería y pintura sevillanas pienso que databa de cuando había sido Delegado de Bellas Artes y Director del Museo de pintura local. Antes, su sensibilidad discurría más por los senderos de la música, placer que disfrutaba con su esposa, tal vez la mentora, y que llevaba a la pareja a estar presente cada año en los festivales de Salzburgo. Allí, precisamente, me recordaba en cierta ocasión que los conoció el pintor Manuel López-Villaseñor, otro melómano que sintonizó fácilmente con la pareja al coincidir sus sensibilidades en el gusto por la pintura y la música.

Nuestra Real Academia, consciente de su amplia labor en beneficio de la historiografía, la arquitectura, la pintura y la imaginería sevillana decidió reconocer y premiar su labor eligiéndolo Académico de número. Aceptó a regañadientes tal elección. Por su ingente labor en las Bellas Artes, la designación correspondía a otra Academia; pero estaba su notable quehacer historiográfico, promoviendo la redacción y edición de libros como el ya citado «La Catedral de Sevilla», «Sevilla oculta», «Historia de la pintura sevillana» obra el Prof. Enrique Valdivieso, «Valdés Leal» del mismo autor, «Martínez Montañez» por el Prof. Hernández Díaz, etc., etc. Su último proyecto historiográfico giraba en torno a Itálica; quería que el Profesor Antonio Blanco redactase una gran obra sobre la «Sevilla la Vieja», pero la muerte del eximio arqueólogo truncó el proyecto. José María Benjumea reunía méritos más que suficientes para ingresar en Buenas Letras, como promotor y mescena. Una vez que ingresó, y en su calidad de electo, hizo sentir tales aspectos en la institución. Sin haber tomado posesión no dudó en responsabilizarse de un cargo siempre enojoso porque siempre faltan los dineros que administrar: el de Depositario o Tesorero. Donó muebles, enseres y cuadros, y ordenó restaurar algunos lienzos. Le encantaba tal papel, propio de su innata

generosidad. Lo que le desagradaba –y lo comprendo– era el discurso de ingreso. Temía incurrir en el ridículo. Inicialmente pensó ofrecer como tema sus recuerdos al lado de Florentino Pérez-Embid. Los amigos le alentábamos, seguros de que su testimonio escrito sobre aquella época constituiría una fuente inapreciable. Hubo ratos de entusiasmo, pero al final ganaba el desaliento o rechazo del tema, mas por la ceremonia de toma de posesión que por la redacción y contenido del discurso. Pareció entusiasmarse con otro tema: Itálica, hasta que se vino abajo, por culpa de la imagen que se hacía de su persona de chaqué rodeado de mentes críticas. Acabó renunciando, y todos los sentimos porque había sido un Académico electo ejemplar. Quisimos recuperarlo convirtiéndolo en Académico de Honor, pero la muerte frustró el intento.

Tendremos que acordarnos de él cada vez que contemplemos el espléndido lienzo con la Adoración de los Reyes que preside la Sala de Juntas de la Academia, o esos grabados del Monumento y de la Custodia catedralicias cuyas planchas rescató, así como otras muchas cosas que evito mencionar para no dar la sensación de un inventario.

Decíamos que Itálica le obsesionaba. Soñó hacerla objeto de su discurso de ingreso. El sueño lo hizo parcialmente realidad cuando redactó el comienzo del tan esperado discurso. Con su permiso, escuchemos ese principio, prueba de una voluntad que deseaba corresponder a los votos que un día le otorgamos:

«Os agradezco profundamente Señores Académicos la designación que me habéis hecho para ocupar un puesto en esta Real Academia de Buenas Letras de Sevilla, más bien por vuestra amabilidad que por otros motivos, por lo que os quedo reconocido.

Quiero hablaros sobre Itálica, la ciudad romana que dió al mundo dos grandes Emperadores romanos, Trajano y Adriano, pero debo decir algo también sobre Florentino Pérez Embid que en su tiempo de Director General de Bellas Artes, se ocupó de poner en marcha el plan de renovación y adquisición de terrenos arqueológicos, excavaciones, etc., como hasta aquella fecha no se había realizado.

Un ejemplo de interés que todo lo relacionado con las Academias y Sevilla tenía, lo prueba esta Casa de los Pinelos, que cedida por el Ayuntamiento a la Dirección de Bellas Artes por 50 años, fue restaurada por dicha Dirección General de Bellas Artes, invirtiendo en ella más de 180.000.000 de pesetas para que fuera sede de las Academias de Bellas Artes, Buenas Letras y Comisión de Monumentos Histórico-Artísticos y no contento con ello, adquirió el solar contiguo

a ellos, donde el arquitecto Rafael Manzano, que ha sido el admirable restaurador de esta Casa de los Pinelos, consiguió ensamblar otro edificio, lo que es actualmente la Real Academia de Medicina. Con ello demostró el interés, no sólo de salvar el edificio del siglo XVI, sino también el que tenía por las Academias y el mantenimiento de las mismas en lugar importante. A nuestra Academia y debido a las gestiones que hizo el entonces Director Faustino Gutiérrez Alviz, la elevó de rango y de ser Academia Local obtuvo el de Academia Nacional con los correspondientes honores que ésto supone.

Pasemos al tema de Itálica, de gran abolengo en esta Academia porque fue ella por encargo del Gobierno Político en el año 1838 que se hizo cargo de la dirección de las excavaciones y conservación de las ruinas de Italica y fue la creadora y fundadora del Museo Arqueológico de Sevilla, según transcripción literal del Libro de Actas de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, Tomo III, págs. 1, 2 y 3, donde dice:

Por admisión en la Academia del oficio del Gobierno político a quien este tenía encomendada las excavaciones de Italica dio noticia a aquella de sus trabajos, la hizo partícipe de su dirección, y habiendo mediado algunas cuestiones sobre el particular, llegó a ser la Academia encargada por el Gobierno de la dirección, administración y conservación de los monumentos extraídos de las excavaciones de Italica con los que y otros objetos proyectó fundar un museo arqueológico reuniendo diversos de aquellos que por haberlos modernamente colocado en las salas contiguas, a la en que celebra sus sesiones en el Real Alcázar. Tomada a su cargo la Dirección de las excavaciones y conservación de las ruinas de Italica, la Academia nombró de su seno un Director, un Interventor y una comisión consultiva de cinco académicos a quienes confió aquellos cargos, habiendo el Gobierno acordado que además la Diputación Provincial nombrase uno de sus Vocales que en representación suya fuese también individuo de aquella Comisión directiva. Así continuó Itálica bajo la Dirección de la Academia hasta 1842 en que erigida en cada provincia una Comisión de monumentos históricos dependiente de la nombrada por S.M. en Madrid a cuya responsabilidad se sometían aquellos que se mandaba depositar en los museos provinciales, cesó la Academia de entender en aquel importante asunto no sólo habiendo quedado conocedora de las cuentas dadas por su Comisión Directiva, sino consignando en su extenso informe toda la historia de su cometido sus trabajos y fomento que había dado a aquellas obras».

Cual presentimiento de su próximo fallecer, un día se dedicó a ordenar papeles y devolver lo que no era suyo. A mi me entregó un facsimil de una carta de Colón traspapeleado por él y que yo le había cedido meses o años (no muchos) antes para demostrarle a la Real Maestranza de Caballería que era falsa la carta colombina que alguien les proponía en venta; también me dió —y es por lo que recuerdo este extraño comportamiento en vísperas de irse— una fotografía tomada en Itálica en la que figuramos él, Pérez-Embid, Calderón Quijano, López Lozano, yo mismo y otros. La foto responde a esos años en que, comprometido por Pérez-Embid en la política artística de la ciudad, José María se vinculó a ella y ya no la dejó haciéndola una de sus perennes preocupaciones. Ultimamente le desvelaban dos proyectos, aparte del libro sobre Itálica: sustituir el moderno Corazón de Jesús de la catedral por el Cristo de los Cálices, y restaurar el sepulcro de don Gonzalo de Mena, fundador de La Cartuja, en la capilla catedralicia de Santiago. Sus gestiones con altas autoridades de la Exposición Universal no habían dado los resultados que él esperaba, y eso le entristecía.

Ahora, en esta tarde en que lo estamos evocando, su figura merece una estampa digna de Fernán Pérez de Guzmán o de Fernando del Pulgar. Nosotros, tomándolo de aquí y de allá en los capítulos de «Generaciones y semblanzas», hemos dado vida al retrato espiritual que sigue:

«Era hombre muy llano y tratable con todos, de ánimo noble y claras entrañas. José María Benjumea fue hombre de verdad, discreto y de gran corazón. Tenía el habla igual, ni presurosa ni muy espaciosa. Era magnánimo y ésta su magnanimidad era ornamento y compostura de todas las otras virtudes, Cortés, honrado y honrador de todos los que a él venían, tenía una tal piedad que cualquier necesitado que a él llegase encontraba ayuda, defensa y consolación.

Procuró siempre, o muchas veces, la conservación del patrimonio artístico de Sevilla. Fue hombre que se deleitaba con la música y no dudó nunca en mejorar la riqueza artística sevillana. José María Benjumea era hombre de buen seso, de pocas palabras, y de gran ejecución en las cosas que emprendía. Fue perseverante en la opinión que tomaba... Era franco y allende (además) de dádivas que de su voluntad con gran liberalidad hacía, siempre daba a cualquiera que le demandaba, porque no sufría que ninguno se partiera de él descontento. Dio ejemplo a otros para usar de virtud. Era hombre esencial, aborrecedor de apariencias y de ceremonias infladas.

Dando doctrina de honrado vivir, y ejemplo de bien morir, feneció inesperadamente, conociendo a Dios, y con gran honra, en aquella ciudad que tanto había amado».